

VICKY CRISTINA BARCELONA: FOTOS Y PASIÓN EN LA CIUDAD CONDAL

Por ALBERT ELDUQUE

Título original: Vicky Cristina Barcelona **Producción:** Mediapro (USA-España, 2008).
Productores: Letty Aronson, Stephen Tenenbaum, Gareth Wiley y Jaume Roures. **Director:** Woody Allen. **Guión:** Woody Allen. **Fotografía:** Javier Aguirresarobe. **Diseño de producción:** Alain Bainée. **Montaje:** Alisa Lepselter.

Intérpretes: Rebecca Hall (Vicky), Scarlett Johansson (Cristina), Javier Bardem (Juan Antonio), Penélope Cruz (María Elena), Chris Messina (Doug)

Color - 96 minutos - Estreno en España: 19-IX-2008.

Galardonado con un Oscar de la Academia de Hollywood recientemente y gozando de una gran popularidad, la situación actual de Javier Bardem es interesante. Entre las producciones estadounidenses y las españolas, entre *No Country For Old Men* y *Mar Adentro*, últimamente trabaja precisamente en los híbridos entre lo internacional y las raíces, participando en producciones de directores extranjeros en España, ya sean *Los fantasmas de Goya*, de Milos Forman, o *Biutiful*, el proyecto de Alejandro González Iñárritu situado en el Raval barcelonés. Obviamente, la última película de Woody Allen, *Vicky Cristina Barcelona*, se inscribe en esta línea de conjunción internacional, y lo hace también con Penélope Cruz, otra actriz situada entre los proyectos americanos y las películas españolas.

Cabe preguntarse por qué en una película dedicada desde el título a Barcelona los dos únicos personajes españoles relevantes son estrellas internacionales, y por qué los actores locales que han participado en el filme han sido apartados hacia roles muy secundarios (Josep Maria Domènech, como el padre del personaje de Bardem) o directamente anecdóticos (Abel Folk, Lloïl Bertran, etc.). Hay en *Vicky Cristina Barcelona* un encuentro cultural en el equipo técnico que no se llega a plasmar en el reparto, basado en intérpretes anglosajones o estrellas latinas ya consolidadas. Es por ello que los rostros españoles que llegarán a las pantallas de todo el mundo serán los mismos de antes, y que la decisión de rodar en Barcelona no tenga más trascendencia que la de ofrecer imágenes de la ciudad sin personajes nuevos.

A pesar de su estatus de estrellas, el origen de los intérpretes continúa siendo el mismo, y ahí está el idioma para demostrarlo. Cuando Juan Antonio (Javier Bardem, con el nombre de su famoso tío) se ve obligado a vivir a la vez con su compañera sentimental Cristina (Scarlett Johansson), una joven turista americana, y su ex mujer María Elena (Penélope Cruz), el primer problema que surge es el del idioma: Cristina no entiende el castellano y María Elena se resiste a hablar en inglés con Juan Antonio, creándose un pequeño conflicto lingüístico. Todo esto es obvio y decirlo puede parecer innecesario, pero merece la pena valorarlo porque esta pequeña disputa es un conflicto de choque cultural real: es la única vez en *Vicky Cristina Barcelona* que las dos culturas se encuentran sin recurrir al histrionismo ni a los tópicos que construyen la mayor parte del relato. El inglés como medio de comunicación internacional y la necesidad de expresar las emociones en el propio idioma aparecen en estos pequeños momentos de conflicto, y evocan indirectamente una realidad catalana silenciada en el resto de la película: el bilingüismo.

Vicky (Rebecca Hall), la amiga de Cristina que viaja con ella a Barcelona, está estudiando precisamente un máster sobre la identidad catalana, y en ningún momento hace referencia a este aspecto, aunque ande por todas las calles importantes y visite cada monumento de su guía turística. Merece la pena, pues, preguntarse si su máster es un estudio superficial o si en realidad lo usa como excusa para pasearse por la Ciudad Condal. Como indica el título de la película, Barcelona es un personaje esencial del filme, aunque sólo lo sea en su vertiente más publicitada. La mirada de Vicky, como la de la película, no es la de una analista o estudiosa, sino la de una turista. La representación de Barcelona (y la de Asturias en las secuencias correspondientes) se convierte, pues, en una sucesión de postales, a veces con publicidad no disimulada, como es el caso del Tibidabo. Es una lástima, ya que es posible hablar del lugar visitado y a la vez aprovecharlo dramáticamente, como podría haber pasado con el correfoc, reducido aquí a una ojeada veloz sin relación con la trama.

Pese a ello, y sin olvidar lo dicho hasta ahora, podemos plantearnos que el tratamiento dado a la ciudad es adecuado, ya que se corresponde con las intenciones de Vicky y Cristina, que la conocen mediante el visor de su cámara de fotos. Ellas son turistas y la imagen registrada es su medio de conocimiento de la otra cultura. Por ello no es casual que la amistad de Cristina con María Elena, clara exponente de la típica pasión mediterránea, se trabee gracias a su afición por la fotografía: la ex mujer de Juan Antonio le enseña cómo hacer fotos y es precisamente en el laboratorio de revelado donde se besan bajo una luz de un rojo intenso. Como ocurre entre el cineasta y la ciudad, las fotos unen a los dos personajes femeninos.

Es este choque cultural tópico, el de la frialdad anglosajona contra el temperamento hispánico, el que vertebra *Vicky Cristina Barcelona*. En un inicio las emociones latinas se encarnan en el personaje de Bardem, presentado precisamente vestido de rojo, dispuesto a seducir a Vicky y Cristina, y consiguiendo el éxito en ambos casos. Posteriormente aparece su ex esposa María Elena, un personaje pasional y violento que había intentado matarlo. Se agradece que Allen arroje una mirada fresca y burlona sobre la violencia en la pareja sin pensar en los maltratos, incorrección saludable que también se rastrea cuando María Elena hace un comentario desagradable sobre los inmigrantes chinos. Pero a pesar de estos detalles y las buenas interpretaciones (destacar a Rebecca Hall y, bordeando el exceso, Penélope Cruz), el dibujo de los personajes adolece de tópico, especialmente si comparamos a Juan Antonio y Doug (Chris Messina), el prometido de Vicky.

La tópica contraposición cultural y el mal dibujo de la sociedad española y catalana es el principal obstáculo para que nosotros podamos apreciar o aceptar la nueva propuesta de Allen: cuando los temas tratados tocan de cerca nunca se es objetivo. *Vicky Cristina Barcelona* termina con un tiro producto de la pasión mediterránea, pero la trilogía inglesa de Allen (*Match Point*, *Scoop* y *El sueño de Cassandra*) está plagada de ellos, y en ese caso los privilegios de clase son el motor del asesinato a sangre fría, no sólo en una, sino en tres películas. Aunque la visión que el director neoyorquino tiene sobre Gran Bretaña no nos resulte tan simplista como la que da de Barcelona, sería interesante estudiar en otro momento cómo presenta la sociedad inglesa a partir de la mencionada trilogía, y probablemente los resultados tampoco serían demasiado agradables para los londinenses.

Los conflictos morales que se dan cita en sus películas británicas ceden su lugar en *Vicky Cristina Barcelona* a una ligereza dionisiaca muy acorde con los tópicos antes referidos. El principal problema de ello es que esta ligereza se transmite a la narrativa, de modo que las situaciones y los diálogos se reducen en favor del ritmo y el entretenimiento. La voz en off, que aparece puntualmente, devora momentos dramáticos explicando qué pasa y qué sienten los

personajes, sin dejar que la cámara o ellos mismos lo vayan revelando poco a poco, como ocurre en las mejores películas de Allen. Y es esta ligereza la que conduce hacia el final de la película: las americanas deciden marcharse de una Barcelona insustancial, ligera y plagada de tópicos. Quizás sea una buena recomendación.